

## La asimilación de los italianos y sus descendientes en la sociedad argentina (1880-1925)\*

"Sobre la base del español colonial... se desarrolla la más pintoresca mezcla de elementos heterogéneos... de origen europeo: unos que se han fundido con el foco original; otros que se resisten a la fusión; otros que no han tenido tiempo de fundirse; otros que llegan sin cesar" (1912).

A. Posada<sup>1</sup>

"La Argentina es una encrucijada de civilizaciones" (1949)

Jean Touchard<sup>2</sup>

"La Argentina es el único 'melting-pot' realizado" exitosamente. (1993)

Alain Touraine<sup>3</sup>

### I - La población italiana en el contexto demográfico, político y social de una sociedad multiétnica<sup>4</sup>

Las transformaciones étnicas, y por consiguiente culturales, que produjo en la Argentina la inmigración masiva, iniciada en la década de 1870, serían, como ya en 1912 lo había intuido un sociólogo europeo que conocía el país, un proceso "complicado y sinuoso" (A. Posada). Estos profundos cambios plasmarán, en casi

\* Agradezco al Dr. Mauricio I. Neuman y al Dr. José L. de Imaz por las importantes ideas que aportaron al discutir ciertos aspectos de la temática que aquí expongo.

<sup>1</sup> ADOLFO POSADA, *La República Argentina. Impresiones y comentarios*, Madrid, 1912, p. 469.

<sup>2</sup> JEAN TOUCHARD, *L'Argentine*, París, PUF, 1949, p. 123.

<sup>3</sup> ALAIN TOURAINE. Declaraciones hechas al "Corriere della Sera", Sección Cultural, del 1-11-93 y reproducidas días después, por "La Nación" de Buenos Aires (23-11-93).

<sup>4</sup> Para discriminar los apellidos por su origen nacional, así como para establecer si los mismos eran de origen tradicional, y por último para indagar en la biografía de determinados personajes, se han consultado numerosas obras de referencia, de las cuales sólo citaremos

toda la nueva nación, y luego de una ardua y compleja interacción cultural, una nueva mentalidad nacional, en la que se combinarán las lejanas raíces criollas con los variados legados inmigratorios, dentro de los cuales el italiano fue uno de los más importantes.

Por otra parte la irrupción de tan variadas culturas ultramarinas, suscitó en la Argentina reacciones encontradas, que iban desde el abierto rechazo al cosmopolitismo que introducía la inmigración, a la aceptación de esta última situación, no sólo como meramente transitoria y superable, sino incluso como altamente deseable, si era bien encauzada. Esta última posición fue la que logró, no sin ocasionales vacilaciones y dudas, en muchos políticos, gobernantes e intelectuales, más arraigo. Muchos de ellos, influenciados profundamente por la creencia de que el país tenía un destino providencial, de progreso indefinido, pensaban que los inmigrantes, atraídos por dicha prosperidad, y por las condiciones materiales, y el mismo clima espiritual que creaban las libertades civiles y de conciencia, que el estado de derecho garantizaba, serían fácilmente argentinizados, especialmente en sus descendientes, e incluso integrados a los estratos sociales a los que la élite gobernante pensaba destinarlos, es decir la clase media y la obrera.

Pensaban, además, quienes dirigían los destinos del país, que este tipo de integración al núcleo nacional, sería completado, en los descendientes de los extranjeros; principalmente por una adecuada educación oficial, y por el servicio militar obligatorio. De este proceso debía surgir un país que, según los más optimistas, que no eran pocos, sería "más bello que la Grecia / más potente que Roma".<sup>5</sup>

La realidad discrepó bastante de esta utopía: la integración de diversas culturas fue lenta y no exenta de dolorosos ajustes e imprevistos avatares, e incluso coloreada por numerosos conflictos culturales, la mayor parte de ellos difusos, pero omnipresentes, mientras otros, en cambio, más definidos, variaron desde las evidentes discriminaciones étnicas, hasta las violentas reacciones xenofóbicas.

Con todo, el tiempo diluyó gran parte de estos conflictos, suavizó las diferencias y fundió, entre otras causas (se ha señalado Hilde Sabato), no sin razones, el mercado de trabajo por medio de uniones matrimoniales o de hecho, de carácter inter-étnico, a gran parte de los diversos grupos étnicos, dando así origen a gran parte de las clases medias y obreras de la Argentina moderna. Nació así la actual cultura argentina, es decir la popular forma de valorar, sentir y pensar

algunas de las más relevantes. Es decir el *Dizionario dei cognomi italiani* de Emidio De Felice, Milán, 1978; el *Diccionario Enciclopédico Espasa Calpe* (Edic. 1946); el *Quién es quien en la Argentina*, Buenos Aires, 1941; la *Guía Social de Palma*, Buenos Aires, 1934; *El Diccionario Biográfico* de Hogg, Buenos Aires, 1904; la obra de Francesco Grillo, *Origine Storica delle Località e Antichi Cognomi della Repubblica di Genova*, 2da. Edic. 1960, Génova; la *Gran Enciclopedia de la Argentina*, de D.A. de Santillán, Buenos Aires, 1956 y siguientes (7 vol.); el *Diccionario Biográfico Italo-argentino* de Dionisio Petriella y Sosa Miatello, Buenos Aires, 1978.

<sup>5</sup> Los versos son de Joaquín Castellanos: ver *Viaje Eterno*, «La Nueva Revista de Buenos Aires», XI, 1984, p. 595 (citado por HUGO BIAGINI, *La generación del '80*, Buenos Aires, 1995, p. 12).

de la República del Plata. Resultado logrado, no tanto porque la acción oficial antes aludida estuviese debidamente planeada y dirigida, ni a causa de que la educación orientada por el estado contase con claras y lúcidas directivas en lo cultural, sino por medio de un proceso que, como se ha visto, fue principalmente espontáneo. Tipo de génesis que modelar una cultura que tendrá como es natural, aspectos positivos y lados negativos.

Cabe destacar, además, que si bien en 1916 el triunfo en las elecciones presidenciales del radicalismo – que elevó al poder a Hipólito Irigoyen –, permitió acceder a las estructuras gubernamentales a un número respetable de descendientes de inmigrantes, gran parte del poder, no sólo político, sino especialmente económico, y el control efectivo sobre los niveles más altos de la sociedad, siguió en manos de la élite tradicional, que además era señaladamente discriminatoria en lo étnico. Discriminación que afectó, entre 1880 y alrededor de 1910, particularmente a los italianos y sus descendientes. Después de esta última fecha, sin perder en intensidad respecto de la etnia itálica, se extendió también a otras colectividades inmigratorias, más recientemente incorporadas al país, consideradas “exóticas”, e incluso “razas inferiores o peligrosas”. Caían dentro de estas calificaciones grupos étnicos como los llamados “turcos” (armenios, sirios y libaneses en su mayoría), y después de 1920, en cierto modo los judíos.<sup>6</sup>

De todos modos, corresponde indicar que la apertura electoral de 1916, introducida por la ley Sáenz Peña ya en 1912 – que establecía el voto universal – fue en gran medida lograda, venciendo muchas resistencias, internas a la propia élite, por medio de la habilidad política de un sector minoritario de la clase gobernante. Actitud sin duda progresista pero que había logrado consenso, en gran medida sólo porque una parte del sector tradicional dominante, compartía la convicción de que, de todos modos, lograría el triunfo en las urnas, reteniendo así el poder político, no sólo en un futuro inmediato, sino por largo tiempo. Aunque, eso sí, ahora aceptaba, como políticamente saludable, la existencia de una oposición minoritaria.

Por lo demás, la hegemonía de la clase gobernante tradicional se verá restablecida, también en el terreno político, en el cual había sufrido cierto desmedro, luego de los gobiernos radicales en special durante las dos presidencias de Irigoyen. Es decir, después de la revolución de 1930, encabezada por el Gral. Félix Uriburu, un hombre perteneciente a una familia de insigne prosapia patricia nortea, personaje sobre el cual volveremos más adelante.

En efecto, después de esa fecha, los conservadores, debidamente “aggiornati” en su ideología, prácticas políticas y plataforma electoral, recuperarán,

<sup>6</sup> En efecto, el antisemitismo de la clase alta fué débil o inexistente. Dicha reacción xenofóbica encontraba, en cambio, un fuerte y agresivo arraigo en la derecha radicalizada argentina, conformada socialmente, entre otros grupos por descendientes de familias tradicionales venidas “a menos”. Ver, para más detalles, MARIO C. NASCIBENE, MAURICIO I. NEUMAN, *El nacionalismo católico, el fascismo y la inmigración en la Argentina (1927-1943): una aproximación teórica*, «Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe», (4), 1, enero-junio 1993, en special la p. 125.

nuevamente, casi todos los resortes del poder oficial (los económicos y sociales, nunca los habían perdido). Esta situación perdurará hasta 1945, aunque eso sí, con altibajos y alianzas ocasionales con ciertos partidos que integraban en su seno a radicales y socialistas.

Con todo, después de 1945, bajo el primer gobierno de Perón (1946-51) — un descendiente de inmigrantes (pues Perón, de compleja ascendencia, posee un apellido italiano), que no adhería a la “cultura del honor” de la clase alta — comenzó la declinación lenta, pero inexorable, del grupo que había gobernado el país durante casi tres cuartos de siglo.

Paralelamente a este proceso, fueron modificándose también ciertos aspectos del prestigio social de determinados grupos inmigratorios de relevancia, cuyos descendientes pasaban ahora a ocupar la cúpula del poder político. Tal fue el caso de los hijos de italianos y españoles, e incluso el de descendientes de judíos, que en conjunto conformaron una parte muy significativa del Poder Ejecutivo y Legislativo de la Nación. Pero antes de analizar más profundamente los aspectos culturales e institucionales a los que aludimos esquemáticamente antes, creemos de gran utilidad ubicar la población italiana en el contexto de las poblaciones correspondientes a las distintas etnias europeas y asiáticas que conformaban, en el lapso 1880-1920, gran parte de la sociedad argentina.

### *Quiénes llegaron primero, quiénes después y cuantos eran*

La influencia cultural de los distintos grupos nacionales inmigratorios estuvo vinculada, entre otros muchos factores, a la fecha de iniciación, y a la extensión del período en que se produjo el asentamiento de cada uno de aquellos grupos, y por último al volumen de población residente estable que generó en el país cada corriente nacional inmigratoria.

Así, fueron los italianos, sobretodo después de 1870, quienes asumen el carácter de comunidad más numerosa, hegemonía cuantitativa que les conferirá la singularidad de ser la comunidad europea de mayor peso demográfico en la Argentina, y cuya significación, en ese sentido, se extenderá hasta nuestros días.

Los españoles, que conforman la otra gran comunidad proveniente del Viejo Mundo, si bien ya muy significativos a mediados del siglo pasado, recién hacia fines de siglo adquieren una relevancia numérica equiparable a la de los italianos. Los oriundos de España, por lo demás, constituyen también como los de la península itálica, un grupo de vida más que secular en el país.

La tercera comunidad latina importante fue la francesa, que desde la década de 1850 y hasta los inicios de la inmigración masiva (década de 1870), en volumen no se alejó demasiado de la española. Sin embargo, los franceses, en cuyas filias se encuentran muchos vascos de ese origen, iniciaron un proceso de declinación numérica irreversible desde 1895.

Por su parte, turcos, sirios, libaneses, armenios y judíos son poblaciones migratorias que, salvo algunos pequeños grupos pioneros arribaron la país en época más tardía que los anteriores, es decir en las primeras décadas del siglo XX. En cuanto a los alemanes y rusos, siempre que no se trate de judíos, ocuparon

cronológicamente un lugar intermedio entre los dos grupos anteriores: su asentamiento en el país se ubica entre 1880 y 1935/38. Por último los polacos, en buena medida judíos, llegados entre 1921 y 1938, constituyen la colectividad más tardía entre las importantes, si tomamos como límite el año 1945.

En conclusión, la preponderancia de la población latina nacida en Europa es, pues, evidente. La misma conformó, de 1869 a 1980, entre un 75 y un 85% de todos los residentes extranjeros nacidos en ultramar. Porcentajes que para los italianos asumen valores que iban del 40% (1920) al 50% (1880).<sup>7</sup>

De este modo los inmigrantes, en pocos quinquenios, conformaron una parte muy significativa de toda la población del país. Un análisis global nos permite descubrir que eran ya el 25,5% de todos los habitantes de la población en 1895, y que para 1914 esta proporción había trepado hasta el 30,3%.

Pero esta visión global es engañosa, por defecto, porque la inmigración se concentraba en los lugares potencialmente más ricos del país, es decir la zona pampeana y Buenos Aires. Tomando solo la vital y muy influyente capital de la República, en la misma, el por ciento de extranjeros, entre las fechas antes indicadas, osciló en torno al 50%. Pero aún siendo muy alto este porcentaje, sin embargo no refleja la verdadera incidencia de los nacidos en el exterior en la vida productiva argentina. Una imagen más fidedigna se obtiene comparando las poblaciones activas masculinas nativas y extranjeros, parangón que arroja para estas últimas la apabullante participación del 80% en la Capital, y entre 50 y 60% para todo el litoral entre 1890 y 1920.<sup>8</sup>

A lo anterior, sería necesario añadir que en estas primeras décadas, no pocos hijos de extranjeros – que figuran en los censos como nativos y que por lo tanto quedan excluidos de los porcentajes anteriores<sup>9</sup> – se hallaban más adscriptos a la ecléctica y proteiforme identidad cultural que debía adoptar, en el contexto demográfico antes descrito, el inmigrante, que a una clara identificación con una “argentinidad” que por otro lado apenas conocía e incipientemente sentía.<sup>10</sup> Circunstancia que los hacía nativos a medias. Y los que se hallaban en estas condiciones, eran por cierto muchos.<sup>11</sup>

<sup>7</sup> Ver Censos nacionales de 1869, 1895 y de 1914 y *Resumen estadístico de la inmigración en la Argentina (1857-1925)*, Dirección Nacional de Migraciones, Rep. Argentina, 1926.

<sup>8</sup> Gino Germani: ver apéndice II, del libro de S. LIPSET, R. BENDIX, *La movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963, p. 32 de dicho apéndice.

<sup>9</sup> Ver MARIO C. NASCIBENE, *Los italianos y la integración nacional*, Buenos Aires, 1988, p. 42 e 48. En la Capital Federal, los argentinos de corta edad, que fueron, en gran medida, hijos de extranjeros, alcanzaron entre 1869 y 1920 elevadísimos porcentajes sobre toda la población nativa, que oscilaba en torno a un desusual 40%.

<sup>10</sup> Para esta temática, delicada y compleja, de la identidad del inmigrante italiano en la Argentina, ver FERNANDO J. DEVOTO, *Le migrazioni italiane in Argentina. Un saggio interpretativo*, Napoli, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, L'Officina Tipografica, 1994, pp. 113-191.

<sup>11</sup> Entre otras muchas creaciones literarias y ensayísticas de la época ver *En la sangre*, de CAMBACERES (1887) y *Las multitudes argentinas* (1889), de JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA, obras que si bien ofrecen una imagen tendenciosamente peyorativa – ambas se refieren además al caso de los italianos –, no por ello carecen de valor testimonial. A este respecto, ver también, de FRANCO CIARLANTINI, *Viaggio in Argentina*, Roma, Alpes, 1929.

## II – Los marcos de referencia culturales de la clase gobernante y la discriminación étnica: las funciones de los modelos británico y francés, y de la retórica hispanista

En las líneas que siguen nos detendremos en estudiar con cierto detalle sólo el pensamiento de cuatro figuras destacadas de la "oligarquía" del '80, es decir Vicente F. López (que en rigor pertenece a la generación anterior), Joaquín V. González, Miguel Cané y Carlos Pellegrini, que pueden considerarse suficientemente representativos de los sectores intelectuales y políticos más ilustrados, lúcidos e influyentes de la clase gobernante.

Naturalmente, no todos los miembros del grupo dirigente pensaban del mismo modo. Unos, como por ejemplo Domingo F. Sarmiento, Miguel Cané, Bartolomé Mitre, Martín García-Merou, Victorino de la Plaza y Carlos Pellegrini ponían más el acento en los modelos anglosajones, de los cuales, por lo general, el preferido – como arquetipo político institucional, sistema educativo y estilo de vida – era el país británico. Menos eran, dentro de esta corriente, aquellos que se mostraban decididos admiradores de los Estados Unidos. Excepto Sarmiento, que desde su viaje a dicho país en 1845, nunca dejó de tenerlo en la máxima valoración, sólo algunos de estos líderes – recién hacia el fin de sus días, como fué el caso de Victorino de la Plaza y Carlos Pellegrini – volverán, a principios del siglo XX, su mirada hacia el coloso del Norte, para proponérselo como modelo deseable, en muchos aspectos, para la Argentina, a causa de su sistema democrático y su enorme capacidad para crecer económicamente, y absorber a la cuantiosa inmigración europea que arribaba a sus playas.

En esta misma corriente de opinión, que era en su mayor parte decididamente europeizante, sin embargo la valoración de las raíces hispánicas tenía, a menudo, solo un tono sentimental y genérico, cuando no era poco positiva, o incluso decididamente negativa, tal como fue el caso extremo de Sarmiento, que por lo general, y más allá de sus contradicciones, fue francamente hispanófilo.

En contraposición con el grupo mayoritario anterior, había otros ilustrados líderes de la élite, como Vicente Fidel López, y Joaquín V. González que, en cambio, aún poniendo en primer plano, como modelo político y como estilo de vida, a la Gran Bretaña y a su Imperio, captaban con más realismo que en las raíces históricas de la Argentina criolla, había mucho de hispánico. Y, seguían sosteniendo, que por este último motivo los destinos de grandeza que a su juicio aguardaban al país y en los que todos los miembros de la clase alta creían, debían si bien inspirarse en ciertas prácticas y costumbres inglesas. Por otro lado, para mantener una identidad cultural propia, no debía olvidarse que la construcción de un tal imperio americano liderado por Argentina, debía orientarse idealmente por algún tipo de imperio hispánico, para el cual, pensaban, se hallaban ya preparadas las dieciocho repúblicas americanas que hablaban un mismo idioma, es decir el castellano, y se hallaban animadas por unas mismas raíces espirituales.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Ver CARLOS PELLEGRINI, *Obras completas*, 5 volúmenes, Buenos Aires, 1942 y s.s, edic. del Jockey Club, a cargo de Agustín Rivero Astengo; *Discursos y escritos*, Buenos Aires, 1910, pp. 404, 428-483, 553 passim. VICTORINO DE LA PLAZA: entre otros escritos y discursos de este autor ver *Estudio sobre la situación política económica y constitucional de la Rep. Argentina*,

Lograda en la primera mitad del siglo, primero la independencia y luego la unidad política, era ahora necesario crear un cuerpo de concepciones y sentimientos que le dieran un "alma" a la nación recién constituida, y que sobretodo, la proveyesen de un proyecto adecuado para su inserción internacional.

Estos fueron los problemas que intentaron resolver los dirigentes de la Argentina desde 1862, año en que se consolida la unión nacional, comenzando por el mismo Bartolomé Mitre y su Ministro de Relaciones Exteriores, Rufino de Elizalde.

Ateniéndonos ahora sólo a las ideas que V.F. López poseía en la época que estamos analizando, es decir en 1883, sobre este particular, dicho autor sostenía: "la Argentina es una evolución espontánea de la nacionalidad y de la raza española", aunque fuertemente diferenciada en América por "el tiempo y los accidentes históricos".

Con todo, sólo una España era válida para nosotros, afirma López: "No negamos que considerándonos hijos por línea recta, de la España liberal, la amamos como patria de nuestros padres y que vemos en los antecedentes históricos que formaron al Gobierno Colonial, muchas de las características con que hemos desempeñado y satisfecho las grandes necesidades y altos fines de nuestra vida revolucionaria... y del organismo que aspiramos a darnos".<sup>13</sup> López sueña además con el reestablecimiento de una extensa área geográfica bajo hegemonía hispánica, sobre la base del idioma común y del desarrollo del libre comercio. De esta manera "el MUNDO ESPAÑOL (sic)" podrá quizá, en un largo tiempo, poseer tan vasta extensión en el mundo civilizado como el "MUNDO INGLÉS" (sic).<sup>14</sup>

Algunos años después (1909), encontramos en Joaquín V. González,<sup>15</sup> otro liberal hispanizante, la afirmación – por lo demás en él recurrente – de que ni

texto leído (en parte), en el teatro Odeon de Buenos Aires, el 7 de Oct. de 1903, p. 250 y ss., passim; LUCIO V. MANSILLA, *En vísperas*, París, Garnier Hnos., 1903, p. 44 y ss., 73 y ss., passim; MARTÍN GARCÍA MEROU, *Estudios americanos* (1ra serie, Buenos Aires, 1900) (hay edición posterior de *La cultura Argentina*, Buenos Aires, 1916, edición por la cual citamos aquí: ver especialmente pp. 247-319); D.F. SARMIENTO, *Viajes*, tomo III, *Estados Unidos*, 1ra edic. Santiago [de Chile], 1851 (título original *Viajes en Europa, Africa y América*), Hachette, colección "El pasado argentino", Buenos Aires, 1958. El viaje de Sarmiento a Estados Unidos se realizó en 1847; BARTOLOMÉ MITRE, *Arengas*, 3ra edic. completa en 3 volúmenes, Biblioteca del diario "La Nación", Buenos Aires, 1902. Ver "El capital inglés", discurso al inaugurar el Ferrocarril del Sud (7-3-1861), tomo I, pp. 191-196, passim. Una obra de referencia importante en esta temática es el libro de THOMAS MCGANN, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano. 1880-1914*, Buenos Aires, EUDEBA, 1960 (Edic. original de la Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, de 1957).

<sup>13</sup> *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político, hasta 1852*, 4ta. edic., Buenos Aires, 1926: *Introducción*, p. XIII (la edición original se publicó entre 1889 y 1893).

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. XVII.

<sup>15</sup> "Política espiritual", Buenos Aires, 1909. Discurso de recepción en la Universidad de La Plata a Vicente Blasco Ibañez (1909, pp. 132-135). Cf. "Patria", Buenos Aires, 1900, del mismo autor (pp. 14, 18-19, 28-29, 50-53, passim).

“las razas ni los idiomas se disuelven o se extinguen porque se difundan en otras razas o lenguas”; tanto raza como lengua argentinos llevan la savia y el genio imperecederos del alma nacional materna, que refluye sobre nuestro propio espíritu nacional como “elementos de indefinida renovación”. España no ha desmembrado su unidad étnica, menos que nunca ahora que “se siente madre venerada por dieciocho naciones libres y progresivas”. Y al igual que Vicente F. López se refiere al más poderoso imperio de su época, el inglés, la Roma moderna, que, al igual que su predecesora en la antigüedad, ha construido su imperio con elementos disímiles que lo hacen “desemejante, discontinua y dispersa”, unificado por la civilización, por la libertad y el trabajo y por el idioma introducido recientemente por la conquista. España, en cambio, no necesita imponer su lengua: su idioma le crea “el raro privilegio de un inmenso imperio espiritual... al cual los demás extranjeros lejos de corromperlo o transformarlo lo enriquecen o acrecientan”, por su excepcional capacidad de asimilación.

### *La teoría y la realidad*

Era sin duda cierto, como hemos ya señalado, que la Argentina criolla tenía un trasfondo cultural hispano y que no era conveniente para la clase gobernante que se debilitase dicho legado cohesionador. Pero entre otros factores, las ideas y los marcos de referencia políticos y culturales, que en definitiva adoptará la clase política argentina, si bien la proveerán del elemento cultural cohesionador que necesitaba, no tendieron justamente a preservar su carácter hispano-americano, sino por el contrario se hallaban orientados por tendencias universalizantes y cosmopolitas, que influirán para que la Argentina acelere aún más, no sólo en la base de su pirámide social, a causa de la inmigración, sino también en la cúspide, por las razones recién señaladas, su deshispanización. Esta transformación cultural era ya percibida claramente por los hombres de cultura del interior del país, que provenían de una zona de la Argentina, poco influida por la inmigración, tales como Benjamín Villafañe, gobernador de Jujuy y el escritor nacionalista, de familia tradicional, Manuel Gálvez, que ya en 1913 describía, alarmado, el fenómeno en su libro *El solar de la raza*.

Ahora bien aunque el discurso hispanista de la élite terminó siendo puramente retórico, el mismo cumplirá, sin embargo, la función de acentuar aún más la diferenciación cultural y de prestigio que separaba al grupo selecto del resto de la población del país. Así, por un lado este “hispanismo” reforzará aún más las barreras culturales que la élite había erigido frente a la gran mayoría de la población europea del país. A este respecto debe señalarse que ni siquiera fueron excluidos una gran parte de los mismos inmigrantes españoles, que eran gallegos en su mayoría: ellos también fueron ridiculizados, subestimados en sus capacidades intelectuales y discriminados.

Por último, este hispanismo cumplió también otra función muy importante, pues vinculaba a la naciente “aristocracia” argentina con los orígenes más lejanos del país, y de este modo, legitimaba la condición de su clase gobernante. En efecto, el hispanismo dotaba de una prosapia histórica y de lejanas raíces

españolas a toda la clase alta, orígenes que en rigor correspondían sólo a un cierto número de familias, pertenecientes a la misma que realmente provenían de la Colonia. De este modo, la clase más distinguida del país se identificaba con los linajes fundadores de la nacionalidad misma y se transformaba en la única heredera de las glorias de las conquistas y de la colonización españolas (que ahora se idealizaban), de la independencia nacional y de la misma organización político-institucional del país.

Por lo demás, no debemos ignorar que también había causas no culturales que apuntalaban el poderío político y social de la élite y que no por casualidad también ellas se hallaban vinculadas a la prestigiosa Inglaterra. En efecto, este último país ejercía una fuerte y hegemónica presencia económica en el Río de la Plata, en su comercio exterior, que se hallaba vinculado fundamentalmente con Gran Bretaña, y en las grandes y hegemónicas inversiones que dicho país había realizado en buena parte de los sectores más vitales de la economía argentina, tales como los ferrocarriles y los frigoríficos.

Veamos ahora, con más precisión, como la élite llevó a la práctica sus modelos culturales y como fueron utilizados para impedir el acceso a las mismas de los inmigrantes, especialmente los italianos y buena parte de los españoles.

#### *Las comunidades europeas más prestigiosas, la clase alta argentina y la discriminación étnica hacia los italianos*

Una buena introducción a nuestro tema, la ofrecen algunas conclusiones obtenidas por Tulio Halperin Donghi.<sup>16</sup> Después de la caída de Rosas – señala el citado historiador – la nueva élite argentina que accede al poder, “presenciaba con horror” la emergencia de las “clases peligrosas” en su propia capital, “conformadas por una clase media en ascenso y también un sector popular, que se agitaba sombríamente”, estratos tras los cuales se percibía la presencia de las masas de inmigrantes. Por otro lado, la élite había sufrido cambios radicales: “los terratenientes habían hecho por fin fortuna: algunos de ellos se contaban entre los más inmensamente ricos según parámetros mundiales y no ya locales”.

“Todo esto vino a deteriorar la posición de los italianos” cuyo advenimiento masivo confirmaba que a diferencia de los que los habían precedido eran “los más pobres entre los pobres”. Por otro lado, la élite italiana más antigua no resistió el cambio, a causa del ferrocarril, que había reducido a una importancia secundaria, la hegemonía que dicha élite poseía en los medios de transporte fluviales. Además la élite italiana más antigua no poseía, en igual proporción que los vascos e irlandeses, extensas posesiones territoriales. “Hacia 1890 los poquísimos italianos que de algún modo habían llegado a la cumbre eran considerados, en el mejor de los casos, como excepciones”, casi siempre “irritantes

<sup>16</sup> TULLIO HALPERIN DONGHI, *La integración de los inmigrantes italianos en la Argentina. Un comentario*, incluido en el libro F. DEVOTO, G. ROSOU (compiladores), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985, pp. 91-92 (traducción de Alicia Bernasconi).

advenedizos”, y la vanguardia de un ejército silencioso – el conformado por la masa inmigratoria italiana – cuyo asalto a los círculos más selectos argentinos podía tener éxito.<sup>17</sup>

El problema que, a corto plazo, se le planteaba al grupo dirigente, era cómo neutralizar esta “invasión”. Para este fin, la élite contaba, felizmente para ella, con hombres talentosos, como Miguel Cané y Carlos Pellegrini, que supieron elegir un proyecto viable, y encontrar los medios e instituciones sociales adecuadas para llevar a buen puerto el mismo.

Para lograr dicha meta, era pues necesario cambiar profundamente los hábitos y gustos de la clase alta. Era necesario que ésta dejase de ser, “como el gaicho de otro tiempo, que vivió indolente en la seguridad de la subsistencia” o bien “reposando en la fortuna heredada”, “en el empleo infalible”, o en los “recursos de la política”.<sup>18</sup>

La educación inglesa era, por otro lado, la única que podía introducir estos profundos cambios culturales. Para demostrar esto, Miguel Cané, en 1884, en su escrito *De cepa criolla*, nos describe un arquetipo social, Carlos Narbal, miembro de una “familia de larga data en la Argentina”, que parte para Inglaterra con el fin de escapar a los “atavismos latinos”, y aún más, del “alma de un sudamericano”, en la cual sobra el valor y el arranque momentáneo pero falta “la voluntad persistente y reflexiva”.

La educación de este joven de 17 años en Oxford lo transforma radicalmente. Los vigorosos ejercicios físicos desarrollaron y dieron fuerza a su cuerpo; más aún, “acentuaron sus necesidades animales en saludable detrimento de sus crisis morales”. “El limitado trabajo intelectual... permitió su espíritu el lento y progresivo desarrollo, tan raro entre nosotros, donde la inteligencia marcha a saltos y procede por aglomeraciones de difícil digestión”. Luego “aquella vida libre del estudiante inglés confiado a sus fuerzas, sus recursos”; junto a ellos Narbal “aprendió el valor de su propia individualidad” y se hizo un hombre moldeado en la prudencia, reserva, reflexión y voluntad. Narbal no sólo superó su “ingénita aristocracia latina”, que repugnaba el ejercicio muscular. La actividad física por el contrario lo regeneró moralmente, y le dió ese reposo de los jóvenes ingleses y aquél “residuo de infancia que a los 20 años entre nosotros... ha ido a reunirse... con los cuentos de la nodriza”.

Complemento esencial de la formación del joven argentino, es la sociabilidad inglesa, que aglutina y se compone de numerosos detalles que faltan entre los argentinos. La tarea de reeducar a la elite, por otro lado, era urgente, en un país en donde los argentinos “son cada vez menos”, y están rodeados por la “invasión tosca” y “cosmopolita”, que conforma la masa del pueblo.

Cané se declara a favor de una sociedad basada en la igualdad más absoluta ante la ley, pero por otro lado defiende a ultranza “las aristocracias sociales”, que

<sup>17</sup> TORCUATO S. DI TELLA, *Argentina, una Australia italiana? L'impatto dell'emigrazione sul sistema politico argentino*, en BRUNO BEZZA (a cura di), *Gli italiani fuori d'Italia*, Milano, F. Angeli, 1983.

<sup>18</sup> MIGUEL CANÉ, *De cepa criolla*, Buenos Aires, 1942, p. 124. Citamos por la Edic. de Espasa Calpe. El texto original se halla incluido en el libro *Prosa lírica*, Buenos Aires, 1903.

según su propia definición tenían, aunque no de derecho, pero sí de hecho, un poder y un exclusivismo difíciles de delimitar en la práctica. Pues, según Cané, en primer término las mismas se constituyen sólo a través de una larga tradición de educación y deben estar animadas del espíritu de una misión "casi providencial". A ellas le corresponde la responsabilidad del perfeccionamiento de la especie, la vigencia y el culto de las leyes morales, que sustentan la dignidad humana, el "amor a las cosas bellas, la protección inteligente del arte" y del intelecto.<sup>19</sup>

Plasmando estas ideas en instituciones, y aunque hubiese ya en Buenos Aires otros clubes "aristocráticos",<sup>20</sup> Miguel Cané y Carlos Pellegrini crearon el Jockey Club fundado en Buenos Aires, en 1882, y cuya magnífica sede se inaugurará en 1897. Dicha institución congregará en su seno, principalmente criadores de equinos de raza y se ocupará además de estimular las carreras de caballos o "turfs". Esta especie de santuario social tenía además como fin esencial pulir y cohesionar socialmente, unidos en un solo grupo, a aquellos miembros de la vieja clase dirigente que aún tenían vigencia política y económica, como asimismo a los nuevos ricos, moldeando a todos, en un estilo que los diferenciase netamente del resto de la sociedad.

La elección de la actividad, que debía predominar entre los miembros del Jockey, tampoco era casual: ella permitía sintetizar viejas costumbres y tradiciones locales argentinas, que habían elevado casi a la categoría de mito patriótico, al caballo criollo de las guerras de la independencia, incluso revalorizado después de 1910 el noble bruto que había sido el compañero fiel e inseparable del gaucho, con la nueva imagen del refinado caballo de raza inglesa, y con el prestigio del "turf", "deporte de reyes en Inglaterra".<sup>21</sup>

Pero la realidad argentina era muy distinta de la inglesa, y Miguel Cané tenía esto presente cuando escribía en "La Prensa": "el Jockey Club de Buenos Aires, no será ni podrá ser jamás una imitación de sus homónimos de París o de Viena, un círculo cerrado, estrecho, una camarilla de castas" basado en el nacimiento, o en la fortuna. "Será un club aristocrático pero concibiendo esta palabra de

<sup>19</sup> Idem, p. 132.

<sup>20</sup> HECTOR JUAN PICCINALI (Coronel del Ejército argentino), *El general Nicolás Levalle*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1982, p. 195. El Jockey Club representará, de este modo, un nuevo arquetipo de vida social y cultural. Aunque en 1882, hubiese ya otras instituciones de arraigo y exclusivistas, pero que sin embargo, no se adecuaban al nuevo tipo de aristocracia que se querían formar. De entre estas instituciones sociales de alto nivel, las más representativa, era el Club del Progreso de Buenos Aires, fundado en 1865, con el objeto de "reunir a los caballeros más respetables, nacionales y extranjeros para mantener y estrechar relaciones personales; uniformar en lo posible las opiniones políticas. Otro centro aristocrático era el Club del Plata también de Buenos Aires. Tanto en esta institución como en los demás centros aristocráticos, existían salas de armas, para la práctica de la esgrima, deporte esencial en la época para alcanzar la dignidad del caballero.

<sup>21</sup> Ver J. NEWTON, L. SOSA DE NEWTON, *Historia del Jockey Club de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1966, pp. 38-41. Allí encontramos esta afirmación: "El Jockey Club de Londres sólo cedía en poder y dignidad al Parlamento inglés".

acuerdo a nuestros tiempos”, esto es una selección social vasta y abierta a todos los hombres cultos y honorables.<sup>22</sup>

Para el tema de este artículo, interesa en especial detenernos en los cánones que regían la selección de los miembros del Jockey Club. Sin duda, primaba un criterio, según el cual los elegidos debían sumar a su condición de criadores de caballos de raza, los rasgos étnicos y culturales propios de las nacionalidades europeas más prestigiosas para la clase alta argentina, o bien, debían ser miembros de familias tradicionales de nota. Obsérvese que, por lo demás, eran todos grupos minoritarios, que por otra parte no podían, en razón de su origen étnico, constituir la avanzada de las “toscas e híbridas” multitudes populares que atemorizaban a Miguel Cané. En efecto, “el predominio de irlandeses, ingleses y escoceses... no guardaba relación con la magnitud de sus comunidades”. También pesaba considerablemente – eran el 25% del total – los argentinos con tres o más generaciones en el país, es decir, pertenecientes a familias tradicionales (este fue el caso de Miguel Cané), a las que habría que agregar un número importante de hijos y nietos de españoles, franceses y vascos, estos últimos casi todos franceses.

Pero sobre un total de 100 personas que fundan el Jockey Club, y que ya para 1936 contará con 3.426 socios, se encuentra sólo un hijo de italianos y otro hijo de saboyanos, cuyo padre se había formado en Italia, pero que de parte de madre era nieto de ingleses (Carlos Pellegrini). La síntesis de la cepa criolla y la “prosapia” de los anglo-parlantes, con el agregado de una buena cuota de sangre francesa y vasca, y algo de española, iba pues en camino de lograrse.

Es interesante señalar las coincidencias que ofrece con el pensamiento de M. Cané, el de J.V. González, quizás el intelectual y político más democrático y sensible a los problemas sociales de la élite tradicional. González, siendo Ministro de Justicia e Instrucción Pública, verá con buenos ojos el nacimientos de los diversos Centros de Estudiantes en la Universidad de Buenos Aires (el de la Facultad de Medicina en 1900, seguido en 1903 por el de la Facultad de Ingeniería y luego en 1905 por el de Derecho), en una época en la que todavía el estudiantado era reducido y podía, al menos teóricamente, ser conformado de acuerdo a pautas culturales distintas de los orígenes nacionales de la mayoría.

En efecto, el Ministro de Justicia e Instrucción Pública creía ver en esas organizaciones que, en sus orígenes se dedicaron especialmente a funciones sociales y deportivas, “la réplica local de las asociaciones estudiantiles inglesas y alemanas, en las que la formación moral se continúa, por una parte, en la preparación para un papel dirigente en la sociedad y por otra en el casi ascético dominio del cuerpo mediante el ejercicio físico”.<sup>23</sup> A este respecto es muy ilustrativo para este estudio, destacar que la comisión Directiva del centro de

<sup>22</sup> Ver FRANCIS KORN, *La gente distinguida*, incluido en *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, II, Directores José Luis Romero y Luis A. Romero, Edit. Abril, Buenos Aires, 1983, pp. 51 y 52. La autora expone, en su breve pero muy sólido y valioso ensayo, una interpretación de los datos distinta de la que exponemos aquí.

<sup>23</sup> TULLIO HALPERIN DONGHI, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962, p. 107.

Estudiantes de Medicina de Buenos Aires, para el período 1914-15, en el cual se hallaba compuesto por 28 miembros, estuviese formado por el 50% de personas con apellido italianos.<sup>24</sup>

Pero, lamentablemente para González, estos centros seguirán un camino bastante distinto del que el Ministro de Instrucción Pública les había, esperanzadamente, asignado. En efecto, estas organizaciones, formadas en alto grado por hijos de inmigrantes, comenzarán bien pronto, impulsadas por el gran crecimiento de la población estudiantil universitaria, a ser un elemento crítico de la dirigencia de la Universidad, que era un enclave de la "oligarquía". Nacían, así, las primeras semillas de lo que luego rápidamente se transformará en el movimiento de la Reforma Universitaria, surgido en la segunda década de este siglo. Vinculado también con esta actitud crítica hacia el sector social dominante, no pocos estudiantes se sumarán a la oposición política, incorporándose a sectores del radicalismo y del socialismo, e incluso participando en las revoluciones radicales, tal como ha señalado, entre otros, Roberto F. Giusti en sus *Recuerdos sobre la vida estudiantil universitaria*.

De este modo, por un lado deportes, vestimenta masculina, y mobiliario ingleses y, por otra parte, literatura, moda femenina, idioma, y cocina gala, entre otros elementos culturales, no sólo caracterizaron, sino diferenciaron a la clase distinguida de las culturas latinas, a las que pertenecía la mayoría de la sociedad litoraleña, conformándose así, en la Argentina, una verdadera escisión cultural.

A este último enfrentamiento cultural, de fuerte contenido clasista, que enfrentaba en nuestro caso, además, una cultura del honor y otra del trabajo, es necesario agregar, para tener, entre 1890 y 1945, un panorama relativamente completo de la situación interior del país, en cuanto a las distintas visiones del mundo vigentes en el mismo, por lo menos otros dos tipos de conflictos. Uno de ellos era difuso, de carácter puramente cultural, al cual nos hemos referido ya al esquematizar la entidad y las interrelaciones demográficas, de las múltiples comunidades inmigratorias radicadas en la Argentina. En cuanto al tercer conflicto, que, a diferencia de los otros dos, poseía una clara base geográfica, el mismo partía de la oposición entre el próspero, rico, europeizado y democratizante en sus masas, litoral argentino, cuyo centro indiscutido era la ciudad de Buenos Aires, en el cual la influencia italiana fue y es todavía omnipresente, y otro mundo, muy distinto, es decir el Noroeste argentino, hispanoamericano, aristocratizante, y casi totalmente subordinado a la urbe capitalina, que ocupaba una zona del país que, por lo demás, figuraba entre las más pobres y tradicionalistas de la Argentina y en la cual la presencia inmigratoria era muy reducida.

En consecuencia, todo intento de profundizar sobre el carácter y alcance de la influencia cultural italiana en la Argentina deberá, pues, explicitar claramente en qué lugar, y sobre qué línea de tensión de este polidimensional espacio socio-cultural, que poseía hondas implicancias políticas, se ubican la indagación emprendida o los resultados obtenidos.

<sup>24</sup> *Guía de profesionales*, Buenos Aires, 1915, p. 230.

### III – La conformación de las clases medias urbanas, las profesiones y la inmigración italiana (1880-1925)

La gran mayoría de la inmigración europea y asiática, de origen modesto y prácticamente sin ninguna formación profesional especializada, inició la "aventura del ascenso social", optando por las tareas propias del sector económico, que ofrecían, frecuentemente, la gran ventaja no requerir, en sus comienzos por lo menos, una calificación laboral de cierta significación. Por otro lado, la pobreza de la mayoría, hacía que los inmigrantes aceptaran, de inmediato, tareas mal remuneradas, y con horarios de trabajo muy extensos (de 10 a 12 horas en las tareas urbanas, y aún más dilatados en las rurales). Estas eran sólo algunas de las varias razones que impedían al inmigrante estudiar y adquirir una formación cultural y profesional, que sólo algunos lograban, a costa de enormes sacrificios, o bien, años más tarde, después de lograr un cierto bienestar material.

Distinta fue, en cambio, la situación de muchos hijos de inmigrantes, que en no pocos casos recibieron apoyo económico de sus padres. Además su condición de argentinos, hacía que tuvieran opciones profesionales mucho más variadas. De este modo, un importante número de hijos de inmigrantes pudo acceder a las distintas actividades que poseían una calificación intelectual media y alta, y por medio de ellas, conformaron las élites de las nuevas clases media que emergían, y aún más, en ciertos casos llegaron a la cúspide del poder, aunque con las limitaciones que describiremos más adelante.

Señalemos que en este trabajo nos ocuparemos exclusivamente de algunas profesiones de carácter no económico. Es decir, dejaremos de lado las actividades agropecuarias, comerciales, industriales y financieras, que por otro lado han sido las más estudiadas. Una de las razones de esta elección, es que dichas actividades – la enseñanza, las profesiones liberales sin orientación económica, el ejército –, entre otras cosas, nos permiten observar, mucho más acabadamente, que en las profesiones que hemos desechado, la relación que existió entre la identidad originaria italiana, española y de otro origen, que de algún modo seguía operando en los descendientes de los inmigrantes, y la nueva identificación nacional argentina que incorporaron estos últimos, en especial durante su paso por las instituciones educacionales locales. En este sentido, el caso del ejército es quizás el más ejemplificativo.

Por otro lado, el deseo de incorporarse a ciertas actividades profesionales en muchos descendientes de inmigrantes conllevaba también, no sólo la necesidad de realizar una vocación personal, sino, además, la voluntad de mejorar una imagen social, dejando atrás aquella otra peyorativa, que las clases más distinguidas del país asociaban a las tareas prácticas y manuales. De todos modos, no todas las profesiones gozaban de un mismo prestigio en la Argentina tradicional: médicos, grandes ganaderos y terratenientes, abogados y ombres públicos, seguidos por los militares, y ciertos empleos y funciones en el ámbito estatal, encabezaban la jerarquía. Estas eran las ocupaciones que más acercaban, en esos años, a la cúpula del poder.

Es importante destacar que el proceso de argentinización no involucraba iguales concepciones y valores en la educación impartida a los distintos sectores

sociales. Las clases altas se educaban fundamentalmente en valores señoriales. Y aún cuando su hispanismo, como hemos visto, era puramente retórico, cuando se dirigían, a través de sus políticos, al pueblo, o cuando sus oradores exaltaban las glorias nacionales, empleaban frecuentemente, las ideas de honor, de dignidad, de lealtad a las jerarquías sociales, de arrojo heroico, de caballerosidad, de grandeza y generosidad, que eran concepciones propias de las culturas del honor de tipo hispánico.

Sin embargo, contradictoriamente, mezclaban a estas ideas una dosis menos importante de conceptos tales como trabajo, orden, ahorro, mesura, prudencia, igualdad y libertad, méritocracia, propias de una cultura del trabajo, que de acuerdo a los designios de quienes gobernaban, era la que debían modelar fundamentalmente a las clases medias y trabajadoras.<sup>25</sup>

Debe señalarse que, dentro de los dos tipos de orientación cultural que impartían las distintas categorías de instituciones educacionales, la proporción de los elementos propios de la cultura del honor, aumentaban a medida que la ocupación era más afín, por su índole o por su mayor vinculación con la tradición nacional. Este fue el caso, por ejemplo, de la educación militar, cuyos contenidos se remitían, en gran parte a las luchas heroicas libradas por la independencia nacional, y que la enseñanza transmitía de acuerdo a una concepción del honor, de tipo señorial.

Por otro lado, la falta de una burguesía nacional, al estilo europeo, anterior a la llegada de la inmigración, hacía que las distintas formas de concebir las culturas del trabajo, que introducían al país las diversas comunidades étnicas extranjeras, no pudiesen integrarse, de algún modo, en torno a un centro de referencia sociocultural común. Además, la cultura del trabajo, que con tan poca eficiencia se quería impartir, se inspiraba fundamentalmente en autores anglosajones y protestantes, extraños, en muchos aspectos, a la cultura latina y católica, que predominaba en las masas.<sup>26</sup> Todas estas contradicciones tuvieron el efecto de producir una "nacionalización" en los descendientes de inmigrantes, basada más en factores emocionales que en ideas claras.

Dejando ahora de lado este elemento central en el proceso de integración y asimilación de los inmigrantes, cuyo debido análisis excede el límite de estas páginas, destaquemos, por fin, que quienes pusieron más empeño en defender y, llegado el caso, en imponer, los valores hispánicos señoriales a que nos hemos referido antes, no fueron precisamente los hombres más ricos y distinguidos del país — que se sentían muy seguros de su hegemonía política, económica y cultural y que eran culturalmente cosmopolitas — sino sus parientes pobres, que debían vivir de sus profesiones y cargos oficiales, y veían amenazados su precaria

<sup>25</sup> MARIO C. NASCIBENE, *Las metamorfosis del nacionalismo liberal y tradicionalista, en la nueva Argentina inmigratoria: el caso de Benjamín Villafañe (1916-1944)*, Buenos Aires, Fundación Simón Rodríguez, 1996 (en prensa). Ver especialmente pp. 29-32, en donde se analiza, con detalles, los contenidos de la cultura del honor de la élite, y la cultura del trabajo, que pretendía transmitir la enseñanza oficial a las clases conformadas por descendientes de inmigrantes.

<sup>26</sup> MARIO C. NASCIBENE, *Las metamorfosis del nacionalismo liberal*, cit., pp. 29-32.

situación social y sus privilegios tradicionales, entre otras causas por la creciente competencia que le ofrecían los profesionales de origen inmigratorio.

Unas últimas reflexiones generales sobre las clases medias, completarán nuestra esquemática visión en esta temática. En primer término, es útil tener una idea, siquiera aproximada, de la envergadura y ritmo de crecimiento de estos grupos medios, a los que Gino Germani<sup>27</sup> asigna, para todo el país, en 1869, un peso del 11%, cifra que casi se triplica, con el 30%, en 1914, para luego seguir creciendo y superar en las décadas siguientes el 40% de toda la población activa del país. En la Capital Federal, estos valores se verán, en iguales fechas, generosamente excedidos. Así, para 1914, la proporción era de 38%. Por otro lado, esta gran clase media sufre un intenso y doble proceso de diferenciación. En primer término, en sentido horizontal, con la aparición de nuevas y numerosas profesiones, o bien a causa de la expansión de profesiones antes poco requeridas. En segundo lugar, verticalmente, ya que con el paso del tiempo las diferencias entre, por un lado, de las fortunas de aquellos que carecía de toda profesión calificada y, por otro, los logros de los profesionales más brillantes, acentuaban cada vez más las diferencias con los poco o nada exitosos.

Las nuevas clases medias argentinas están, pues, constituidas, por personas "venidas de abajo", es decir ex-trabajadores manuales, dependientes de comercios exitosos, o profesionales que, en general, parten de inicios modestos que tienen todavía frescas las marcas de su no tan lejano pasado. Esta característica hace prácticamente imposible establecer un límite, o siquiera una franja relativamente fácil de delimitar, entre la baja clase media y los estratos más altos de la así llamada clase obrera, que, en gran parte, carece de una verdadera conciencia de clase propia y tiende a identificarse con el estrato superior, al que ve accesible.

En las líneas siguientes, nos ocuparemos de realidades más concretas, es decir, de algunas profesiones en particular, y el rol que tuvieron los italianos en las mismas.

### *La presencia de los italianos y de sus descendientes en la educación primaria*

En la segunda mitad del siglo XIX encontraremos, sobre todo en las profesiones no tradicionales, un número relativamente elevado de extranjeros, debido a que el país no se hallaba en condiciones de formar sus propios especialistas. Pero hacia fines de siglo, las escuelas normales ya habían producido un número suficiente de maestros, que encontraban por lo demás ocupación en las cada vez más numerosas escuelas, tanto oficiales como privadas. Algo parecido también ocurría con los institutos de enseñanza secundaria y superior, que hacia fines de siglo no sólo lograron cubrir las necesidades del país, sino hacer frente a las tareas educativas que requería un alumnado rápidamente creciente. Tomando, por

<sup>27</sup> GINO GERMANI, *La estratificación social y su evolución histórica en la Argentina*, en J.F. MARSAL (compilador), *Argentina conflictiva*, Buenos Aires, 1972, p. 104, y del mismo sociólogo italiano, *La estructura social en la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

ejemplo, el caso de las universidades de todo el país, en 1914 habían egresado ya de sus aulas 2.452 profesionales. Sólo seis años después, esta cifra se había elevado en el 62%. En igual período, por otro lado, los establecimientos de educación secundaria habían incrementado su número en un 85%.<sup>28</sup>

Analizaremos ahora el proceso de sustitución de los docentes primarios extranjeros por maestros nativos, hijos de inmigrantes. Al respecto se observa que, según el censo nacional de 1914, los maestros, directores y ayudantes docentes, representan, en la mayoría de las provincias y territorios nacionales, porcentajes que en general no alcanzan el 10%. Sólomente la provincia de Santa Fé, una zona con alta proporción de extranjeros, en especial italianos, exhibe un porcentaje bastante más elevado: el 21,4%. Las otras áreas que ofrecen porcentos significativos, son la Capital federal y la Provincia de Buenos Aires (el 17%).<sup>29</sup>

Sin duda, por las referencias que nos brindan las memorias y relatos autobiográficos de personalidades de la época, los maestros extranjeros fueron, en la primera mitad del siglo XIX, mucho más numerosos de lo que registra el censo nacional que hemos analizado.

Como los censos nacionales anteriores al del '14 tampoco contienen los datos que necesitamos, creemos que no carece de toda legitimidad, utilizar la información, que para dicha época, nos ofrece la vecina república del Uruguay, cuya formación socio-económica es bastante semejante a la de la zona pampeana argentina, y cuya población se conformó en base a una inmigración europea, cuya composición por origen nacional se parece bastante a la que arribó a la otra orilla del Plata. De acuerdo con lo anterior, en 1888 la estadística oficial de la república precitada, nos indica que todos los maestros extranjeros que enseñaban en el país ascendían al 36,5% del total, y se repartían, de acuerdo a su origen nacional, del siguiente modo: el 12,8% eran españoles, el 10% italianos, y el 6% franceses, mientras el resto, poseía diversos orígenes nacionales europeos. La incidencia de los extranjeros llegaba a su máximo en los directores de las escuelas elementales religiosas, con el 65% de todos aquellos que ocupaban cargos similares en las escuelas confesionales.<sup>30</sup>

En contraposición a las cifras anteriores, un panorama mucho más favorable para la población de origen italiano, se abre al considerar los docentes hijos o nietos de inmigrantes italianos, que no sólo constituían el grupo más importante entre los enseñantes descendientes de extranjeros en Argentina, sino, además, dotarían al país de una serie de destacados pedagogos, tales como los tres hermanos Pizzurno (Pablo, Carlos y Juan), Pascual Guaglianone y Victor Mercante, entre muchos otros.

Ya señalamos que el número de maestros de ascendencia italiana fue muy elevado. Para nuestro caso, tomaremos como ejemplo, el barrio de Flores de la

<sup>28</sup> VICENTE VAZQUEZ PRESEDO, *Estadísticas históricas argentinas (comparadas)*, II, (1914-1939), Buenos Aires, Macchi, 1966, pp. 65 y 67.

<sup>29</sup> Cálculos propios sobre la base del Censo Nacional de 1914, Buenos Aires, 1917, tomo IX, pp. 207-216.

<sup>30</sup> "Boletín de Enseñanza Primaria", Dirección General Instrucción Pública, Año I, tomo I, Montevideo, 1889, pp. 25-29, Rep. del Uruguay.

Capital Federal, que había crecido vigorosamente a causa del gran asentamiento en el mismo, de una clase media, en su mayor parte de origen inmigratorio, y que ha sido estudiado por Francis Korn. Esta investigadora señala que, como resultado de un proceso iniciado en 1900, hacia 1928, ambos costados de la avenida principal de dicho barrio, es decir Rivadavia, "se puebla de médicos, abogados, empleados públicos, farmacéuticos, militares, maestros... que ocupan generalmente sólidas casas de dos plantas con un pequeño jardín" o en su defecto el clásico patio porteño. "De los 208 maestros y profesores", algo menos del 40% son hijos o nietos de italianos, y algo más del 10% son hijos o nietos de centroeuropeos. El resto son nativos "de antigua o reciente ascendencia europea".<sup>31</sup>

En otra investigación, efectuada por F. Korn y L. De la Torre, dichas sociólogas sostienen, luego de ofrecer pruebas estadísticas convincentes, que dicha proporción del 40% de maestros descendientes de italianos, se puede extender, sin grandes dificultades a todo el país.<sup>32</sup>

#### *El peso de los descendientes de italianos en ciertas profesiones tradicionales: el caso de la medicina y de la magistratura judicial*

Pasando ahora al campo de las profesiones liberales, encontramos, también allí, que la participación de los descendientes italianos y en general de los inmigrantes europeos aumenta sostenidamente a través del tiempo. Para ejemplificar, señalemos que la Facultad de Medicina de Buenos Aires, crece intensamente en su alumnado. Así, los 1.864 inscriptos en 1901, se han elevado en 1919 en un 280%. Entre estos alumnos, hay una altísima proporción de descendientes de europeos, que una vez egresados configurarían entre el 60 y el 70% de todo el "stock" profesional en el sector médico del país.

Siguiendo ahora con el caso de los médicos que llevan apellidos italianos, la *Guía de Profesionales de la Ciudad de Buenos Aires* nos dice que, para 1915, aquellos integraban el 28% de los 1.387 galenos que operaban en la Capital.<sup>33</sup>

Esta alta proporción irá creciendo con el tiempo. Un elemento valioso para corroborar este aserto, lo constituyen la lista de egresados de la Facultad en los distintos años en dicha especialidad. Tomando, por ejemplo, la que corresponde al año 1928 – siempre nos referimos a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires – constatamos que la misma contiene el 38% de apellidos itálicos.<sup>34</sup>

<sup>31</sup> FRANCIS KORN, *La aventura del ascenso*, en JOSÉ LUIS ROMERO, LUIS ALBERTO ROMERO (directores), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, II, Buenos Aires, Editor Abril, 1989, pp. 64-65.

<sup>32</sup> FRANCIS KORN, LIDIA DE LA TORRE, *Constituir la unidad nacional (1880-1914)*, en G. FERRARI, E. GALLO, *La Argentina del '80 al centenario*, Buenos Aires, 1980, pp. 593-94.

<sup>33</sup> *Guía*, 1915, pp. 231-266.

<sup>34</sup> *Recuerdo de las Bodas de Plata Profesionales de los Médicos Graduados en 1929*, pp. 4-12, Buenos Aires, 1955.

Ya hemos señalado, para las profesiones en general, que existía un prestigio diferencial entre ellas. No otra cosa ocurría, "mutatis mutandis", con las universitarias. En efecto, la universidad, si bien posibilitaba en la actividad privada una carrera exitosa en casi todas las especialidades, no otorgaba, para los hijos italianos, iguales oportunidades cuando se trataba de recorrer el "cursus honorum" propio de ciertas instituciones. Así, por ejemplo, un abogado con apellido italiano a menudo encontrará serias dificultades para llegar a cargos importantes dentro de ciertos organismos oficiales, como el Ministerio de Relaciones Exteriores o la Magistratura Judicial, que constituían estructuras claves para el control político del país, y sobre las cuales la clase gobernante tenía un importante control informal, a través de funcionarios, que a menudo se hallaban vinculados con la misma, por medio de relaciones familiares o por pertenecer a linajes prestigiosos.

Tomando como ejemplo, la última de las dos estructuras estatales mencionadas, y si se observa la composición, en 1915, de los apellidos de los magistrados que integraban las instancias judiciales de más alto nivel del país – es decir, la Inspección General de Justicia, la Suprema Corte de Justicia y las Cinco Cámaras de Apelaciones – se deduce que, de un total de 67 funcionarios, sólo 4 llevan apellido italiano. Apellidos itálicos de mediados del siglo pasado y que por tal razón pertenecían a familias por lo general muy asimiladas a la cultura de la sociedad receptora (Viale, Bernasconi, Raffo, ect.).<sup>35</sup>

#### **IV – La conformación de las clases medias urbanas en la Argentina: los italianos y sus descendientes en el Ejército Argentino (1852-1925)**

##### *El marco general: las transformaciones del ejército nacional*

En la Argentina, a causa de las guerras por la independencia y de las luchas civiles (1810-1880), la demanda de personal con habilidades militares, en los niveles de mando, comenzó mucho antes que en otras actividades profesionales. En esta etapa, la mayor parte de dicha demanda se cubrió con oficiales argentinos, y con un cierto número, no irrelevante por cierto, de militares extranjeros. Tanto unos como otros, carecían, salvo excepciones, de una verdadera formación académica militar especializada, y su única escuela había sido los campos de batalla.

Este primer ejército argentino fué, a pesar de su espíritu frecuentemente indisciplinado, en muchos aspectos, señaladamente más homogéneo que el más moderno y más técnicamente preparado, que le habrá de suceder. En efecto, los oficiales del-viejo ejército habían desarrollado una cierta unidad en su concepción de la guerra y en las mismas tácticas a emplear en la misma, que habían nacido de la experiencia, durante las luchas contra las montoneras de los caudillos, o bien contra los ejércitos regulares extranjeros.

<sup>35</sup> *Guía*, 1915, pp. 95-97.

Pero, después de 1852, se hace cada vez más evidente, a quienes dirigen el país que es necesario crear un ejército sobre la base de una oficialidad profesional y además modernamente equipado. Necesidad que se ve acuciada, por lo demás, por las ambiciones argentinas de liderar el cono sur de la América meridional, y por los conflictos de límites con el Brasil y Chile, países vecinos mejor armados y militarmente más modernos.

Estos y otros factores, determinaron la creación del Colegio Militar (1870) y de la Escuela Naval Militar (1872), bajo la presidencia de D.F. Sarmiento, inaugurándose así la segunda etapa del ejército argentino, el cual, en pocas décadas, es decir hacia 1900, ya se encontrará bajo el mando de oficiales exclusivamente argentinos, y preparados científicamente en el arte de la guerra. El nuevo militar que surge, pues, tendrá una buena formación intelectual y profesional, pero dado la inexistencia, desde 1880, de conflictos armados en la Argentina, buscará acumular méritos por otros caminos, es decir por medio de logros intelectuales y buscando actualizar constantemente sus conocimientos profesionales especializados y cuando le era posible perfeccionarse en el exterior. Estas últimas eran circunstancias que, daban lugar a una cierta meritocracia, resultaban favorables a la situación de los descendientes de italianos.

Pero, por otra parte, el éxito en la carrera militar ahora dependía más que antes, de los contactos sociales y, paradójicamente, de las simpatías políticas, hechos que no beneficiaban – como se verá luego – precisamente la posibilidad de progreso de quienes llevaban apellidos itálicos. De este modo, influyó en los ascensos y destinos militares – y no sólo por las causas señaladas – el origen nacional de los oficiales.

### *La presencia de los italianos y sus descendientes en el ejército argentino: una primera visión global*

#### *– La etapa 1852-1900*

Antes de estudiar ciertos casos individuales arquetípicos, emprenderemos un análisis global, con el cual no sólo buscaremos determinar la incidencia numérica, sino además, indirectamente, el prestigio que en los medios castrenses argentinos poseían los militares de origen italiano. Para ello, en primer término, veamos cuál fué la composición por origen nacional del primer grupo de aspirantes que ingresó en 1870 al Colegio Militar, cuyo director era entonces el coronel húngaro Juan F. Czetzy (1822-1904).

No figura entre los veintidós aspirantes un solo apellido italiano. La gran mayoría son característicos de la Argentina tradicional o criolla. De los únicos tres apellidos extranjeros, uno es de origen inglés, otro de ascendencia alemana y el último de procedencia irlandesa.<sup>36</sup> Nueve años más tarde, se lleva a cabo la

<sup>36</sup> ISAÍAS J. GARCÍA ENCISO, *Historia del Colegio Militar de la Nación*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1970, pp. 77-78.

última gran empresa militar de la Argentina criolla, es decir la Campaña del Desierto (1879), que dirige el futuro presidente de la nación, el joven y brillante general tucumano Julio Argentino Roca, nieto de un capitán español, arribado al Río de la Plata en 1780.<sup>37</sup> Entre los trece principales jefes que conducen dicha expedición – que logra someter definitivamente a los indígenas de la Patagonia – encontraremos una distribución de apellidos más favorable a los italianos, que ahora se elevan a dos: el coronel Nicolás Levalle y el teniente coronel Daniel Cerri. Pero, de todos modos, este dato es menos auspicioso de lo que parece: el segundo de los nombrados, a pesar de sus brillantes antecedentes militares, se desempeña en funciones no militares (encargado del detalle), y el primero había llegado a la Argentina contando sólo dos años de edad, y se había formado en la efímera Academia Militar que funcionaba, en aquel entonces, en Buenos Aires, hacia 1857.

De todos modos debemos recordar, que en la década de 1870, la colectividad italiana era todavía relativamente reducida y reciente y, en consecuencia, la mayoría de los hijos de italianos, legalmente argentinos, eran, por dicha razón, de corta edad, y mal podían figurar en posiciones militares de relevancia, que ocupaban hombres en general que poseían entre 40 y 55 años.

#### – El lapso 1900-1925

Después de 1892, el Colegio Militar se transforma en la única institución del país, de la que pueden egresar oficiales con el grado de subteniente (antes podían actuar también en esa función otros establecimientos militares).<sup>38</sup> En 1893, dicho colegio inició la costumbre de distinguir a sus mejores alumnos, haciéndolos conductores de la bandera argentina. Si se observa entre 1893 y 1925, el listado de estos alumnos, se nota que sobre un total de treinta casos, sólo tres (el 10%), corresponde a apellidos peninsulares.

En cambio, comunidades mucho menos numerosas en la Argentina, como los anglosajones y centroeuropeos, se encuentran, con el 20% del total, sobrerrepresentadas.<sup>39</sup> Es decir, volvemos a encontrar, en cuanto a los orígenes nacionales de los apellidos, una pauta bastante similar a la que expusimos, páginas atrás, al referirnos al Jockey Club de Buenos Aires.

De todos modos, si entre los preferidos, el peso de los italianos no es alto, en la base de la oficialidad crece constantemente. Esta tendencia a largo plazo, es claramente perceptible, si se toma el Escalafón Militar del año 1932, en el que se constata que el porcentaje de los apellidos oriundos de Italia, supera el 20% del total de los oficiales en actividad, que se elevan a 1.850 para esa fecha.<sup>40</sup>

<sup>37</sup> ALFREDO TERZAGA, *Historia de Roca*, Buenos Aires, 1975, tomo I, p. 22.

<sup>38</sup> ISAÍAS J. GARCÍA ENCISO, *op. cit.*, p. 26.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp. 688-89.

<sup>40</sup> *Escalafón del Ejército Argentino (Ira parte), Oficiales combatientes y de los cuerpos auxiliares en actividad. Guerreros del Paraguay y expedicionarios al Desierto (hasta el 23 de sept. de 1932)*, Buenos Aires, Instituto Geográfico Militar, Ministerio de Guerra, Rep. Argentina, 1932.

- *El período 1852-1900*

Este es el único período en el cual los militares nacidos en la península tienen un peso cuantitativo relativamente importante. Debemos señalar, además, que todos estos italianos se incorporaron al país, hacia mediados del siglo y a veces incluso antes. Después de la creación del Colegio Militar, en 1870, y del envío de militares argentinos a Europa para perfeccionarse, la incorporación al país de militares extranjeros pierde su sentido. Quizá la única excepción a esta regla, fue el ingreso de asesores e instructores alemanes, que se desempeñaron entre 1900 y 1914, en funciones o instituciones de alto nivel, colaborando en la modernización del ejército argentino.<sup>11</sup>

Volviendo al período 1852-1900, también en él, los militares se ordenan, en cuanto a prestigio, de acuerdo tanto a sus méritos profesionales como a su origen nacional. En este sentido, los profesionales de la guerra itálicos gozaban en conjunto, de un prestigio relativamente bajo, no por sus méritos militares sino por sus orígenes. De todos modos, es posible establecer, dentro de este grupo, tres niveles de valoración social.

En primer término, se hallaba el conjunto mayoritario, conformado por militares tales como Juan Bautista Charlone [Ciarlone] (Asti, 1826 - Corrientes, Argentina, 1866), Felipe Caronti (Como, 1813 - Bahía Blanca, Argentina, 1883): Agustín Valerga (1820-1866), Güerrino José Greni (Cúneo, 1836 - Buenos Aires, 1905), Silvino Olivieri (Abruzos, 1820 - Bahía Blanca, 1856), y José Giribone (Savona, 1824 - Tuyú Cue, Paraguay, 1868), que rara vez alcanzaron dignidades y jerarquías militares que correspondieran a sus verdaderos méritos. Esto era motivado a veces por la época agitada en que debieron actuar, o, en ciertos casos, por su poca adecuación a los valores de la Argentina criolla, o bien, como fue el caso de muchos, tales como Olivieri, Charlone, Valerga o Giribone, a causa, probablemente, de su temprana muerte. Con todo, el prestigio asignado a su origen nacional pesó siempre.

En un nivel de mayor prestigio, conformado por muy pocos militares, se hallan italianos, que ya sea poseen una formación profesional castrense como fue el caso del coronel Antonio Susini (1819-1900), o bien se encuentran otros peninsulares que lograron una mayor identificación con los valores de la sociedad receptora, como el general Daniel Cerri (Bérgamo, 1841 - Buenos Aires, 1914), quien además fue más joven y longevo que la mayoría de los anteriores. Como resultado de estas circunstancias, Cerri alcanzó un reconocimiento profesional y social desconocido por sus compatriotas, aunque como veremos luego, con no pocas limitaciones.

<sup>11</sup> PLACIDO GRELA, *Fuerzas Armadas y soberanía nacional. Vida y obra del Teniente Gral. Pablo Ricciberti, forjador del moderno ejército argentino*, Rosario, Litoral Edic., 1973, p. 204; FERNANDO GARCÍA MOLINA, *Apogeo de la influencia militar alemana sobre el ejército argentino, 1904-1910*, en Enrique B. Barba, *in Memoriam. Estudios de historia*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1994, pp. 233-251.

Por último, en el nivel más alto, en el que hallamos quizá una sola figura, la del general Nicolás Levalle (Cicogna, Génova, 1840 - Buenos Aires, 1902), a quien ya nos hemos referido al hablar de la Campaña del Desierto. Levalle fué, por las características que antes hemos descripto, exitoso, logrando ser Ministro de Guerra de tres presidentes (Juarez Celman, 1890), Carlos Pellegrini (1890-1892) y José E. Uriburu (1897-1898). La razón del éxito de Lavalle estribaba pues en que se distinguía netamente de sus compatriotas por el hecho de que su formación cultural y militar se habían realizado en la Argentina, características que en la época en la que vivió, todavía podía favorecer la carrera militar y el ascenso social de una persona que había nacido en Italia.

En relación con lo anterior, resulta de interés estudiar el caso del general Daniel Cerri, probablemente el único militar italiano, que junto a Levalle, alcanzó en nivel de general. A pesar de que Cerri había recorrido brillantemente todas las escalas del "cursus honorum" del viejo ejército argentino, sus méritos le fueron reconocidos siempre tardíamente, pesando constantemente sobre sus espaldas su origen étnico. Así, siempre fue destinado, junto con otros "gringos" (denominación que le dolía profundamente), a la primera fila de ataque durante la larga y sangrienta guerra con el Paraguay (1865-69). Por otro lado, ya hemos visto, al referirnos a la Campaña del Desierto, como fue destinado a un puesto que no correspondía a sus antecedentes militares. También los ascensos en su carrera le llegaban con gran retraso, sin motivo aparente alguno.

Además, en varias ocasiones fue tildado de ser extranjero. Sus enérgicas reacciones, ante tales cargos, denotaban elocuentemente el drama interno de este militar italiano, totalmente al servicio de la Argentina. Así, replicando al general A. Capdevila, una vez contestó: ... "Mi sangre italiana la derramé íntegra en el campo de batalla, peleando por este país, que es el mío". Su acusador, emocionado, le tendió las manos, pero al reconocer la elevada muestra de argentinidad de Cerri - quien seguramente, contra su voluntad, en algún modo había tenido que negar sus orígenes - menciona la palabra "méritos" y no utiliza los conceptos con que habitualmente calificaba un militar de linaje tradicional, para elogiar las virtudes guerreras de un colega. Igual observación puede hacerse respecto a las palabras que utilizaron las notas necrológicas que publicaron los principales diarios del país, al fallecer Cerri.<sup>42</sup>

#### - Después de 1900

Como hemos señalado, son cada vez más numerosos los oficiales de origen italiano que, discriminados, no pocas veces por su origen, buscan apoyo en los movimientos que, como el radicalismo irigoyenista, aspiran a introducir reformas políticas e institucionales, que permitan una mayor igualdad y un mayor acatamiento al espíritu democrático de la Constitución Nacional, como asimismo,

<sup>42</sup> ARTURO ANGEL DE MARCO, *El Gral. Daniel Cerri*, Buenos Aires, Revista del Círculo Militar, Enero-Abril 1965; BENJAMÍN D. MARTINEZ, *Biografía anecdótica del Gral. Cerri*, Buenos Aires, Instituto Geográfico Militar, 1920.

abrir paso a un nacionalismo más auténticamente popular. Estas simpatías solían agudizar, aún más, el marginamiento de los militares que las compartían.<sup>43</sup>

Un ejemplo de lo anterior, lo encontramos en el general Pablo C. Riccheri (1859-1936), quien sin embargo, en no pocos aspectos fue un hombre exitoso en su función pública. Este militar, de modestísimos ancestros lígures e hijo de un garibaldino emigrado al Plata, guardó un hondo afecto por sus descendientes y por la tierra de la que estos provenían.<sup>44</sup> Sin embargo, esta adhesión no iba mucho más allá del plano emocional. Señalemos, por la demás, que esta actitud fue la dominante entre los oficiales de origen italiano. Este ítalo-argentino, formado en las concepciones del Colegio Militar, por más que discrepara, en ciertos aspectos, de los contenidos de las mismas, no tenía ojos sino para lo que él consideraba el bien de su tierra natal. Y a este respecto, como militar que era, su principal modelo fue quizá la Escuela Superior de Guerra de Bélgica, de gran fama en las últimas décadas del Siglo XIX, en la que brillantemente Riccheri completó, entre 1881 y 1883, su formación y en la que permaneció otros tres años más con el grado de capitán, para pasar luego a ser Agregado Militar en legaciones argentinas de París y de Berlín.

Si bien Riccheri, siempre simpatizó con Francia y Bélgica y sintió rechazo por la mentalidad y política militar alemana, cuando llegó el momento, es decir al asumir el Ministerio de Guerra durante la segunda presidencia del general J.A. Roca (1900-1904), solicitó el asesoramiento de oficiales alemanes para la modernización del ejército argentino, del cual fué el iniciador, y que impulsó vigorosamente.<sup>45</sup> Por lo demás, esta "germanización" del ejército argentino adquirirá su mayor intensidad en el período 1904-1910, bajo las presidencias de Manuel Quintana y de José Figueroa Alcorta, es decir después que la influencia en los círculos oficiales de Riccheri había declinado a favor en cambio de la del coronel José Félix Uriburu (1868-1932). Este último, a diferencia de Riccheri, descendía de un prestigiosísimo linaje tradicional, y más tarde, en 1930, fue el general que encabezó la revolución, que devolvió su poder político a la clase alta.

El entonces coronel Uriburu, era, contrariamente a Riccheri, profundamente germanófilo y había estudiado en Alemania. Se desempeñaba además como director de la Escuela Superior de Guerra, creada por Riccheri, y contaba con todo el apoyo presidencial. Además, poseía vastos e importantes contactos con la clase dirigente, y gozaba de un gran prestigio entre los oficiales tradicionales. Con todos estos apoyos, logró enviar 205 oficiales a Alemania, para que se conformaran a la mentalidad y a las técnicas militares germanas. Pero el éxito obtenido fue, por diversas causas, bastante escaso, y así se optó, en cambio, por traer instructores alemanes a la Escuela Superior de Guerra. Con esto se buscaba – según se decía – crear en el ejército argentino una unidad de concepción y una formación militar homogéneas, así como un ejército profesional y totalmente "apolítico" que, siguiendo al modelo alemán, en el cual las fuerzas armadas se

<sup>43</sup> PLÁCIDO GRELA, *op. cit.*, p. 280 y ss.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 64 y ss.

<sup>45</sup> *Ibidem*, Cap. 5, pp. 189-212.

hallaban subordinado completamente al Kaiser, que era símbolo de supremo poder legítimo en la nación (y que para el caso argentino encontraba su equivalente político en la clase alta gobernante). De este último análisis se puede deducir fácilmente que la tan mentada profesionalidad y apoliticidad del ejército no era precisamente tal.<sup>46</sup>

Diferencias importantes, como las que hemos señalado distinguieron pues a los oficiales de origen inmigratorio y a los de stirpe más o menos tradicional. Entre los primeros además de Riccheri, podemos citar a otros militares destacados, tales como el coronel e ingeniero Luis J. Dellepiane (1865-1941), nieto de italianos, que será ministro de Guerra de Irigoyen en su segunda presidencia (1928-1930), y luego ascendido a general y por último al general, y también ingeniero, Enrico Mosconi (1877-1940), de primera generación argentina, que se opondrá, también él, a la revolución tradicionalista de 1930.

Es necesario aclarar que los movimientos de protesta y de reivindicación social a los que hemos aludido, y las mismas revoluciones militares radicales, como asimismo las simpatías y adhesiones que podían eventualmente suscitar entre los militares descendientes de inmigrantes, se hallaban animadas exclusivamente por un espíritu nacional argentino, que si bien era en muchos aspectos muy distinto del tradicional, en todos los casos no contenía ningún elemento propio de la identidad nacional a la que pertenecían los ancestros de los militares o civiles descendientes de extranjeros. Era un nuevo sentido nacional el que nacía y se fortalecía, desde 1900, paralelamente al crecimiento y consolidación económica y cultural de las clases medias urbanas y al desarrollo de las profesiones. Sentido nacional que tendería a perder, progresivamente, su primer carácter social e ideológicamente difuso, para corporizarse en la segunda mitad de la década del 20 en una serie de corrientes de ideas, cuya plena floración se producirá en el decenio siguiente, en el cual el nuevo espíritu nacional y las múltiples manifestaciones culturales, institucionales y sociales de todo tipo, que se plasmaban abundantemente en el seno de la sociedad de origen inmigratorio, darán nacimiento además a la última, más violenta pero a la larga estéril reacción nacionalista de raíz tradicional y aristocratizante.

De todos modos, las anteriores estimaciones no implican que el legado inmigratorio – y en particular el italiano – se hayan perdido o diluido sin dejar huella alguna. En realidad ha ocurrido todo lo contrario: pervive visiblemente, aunque muy modificado, como un ingrediente de gran importancia en la cultura nacional argentina, y en el mismo espíritu nacional.

MARIO C. NASCIMBENE  
*Investigador científico – IDES*

<sup>46</sup> FERNANDO GARCÍA MOLINA, *op. cit.*

## Summary

The impact of massive immigration in the post-1870 period produced major changes in the Argentine society. Integration of immigrant groups (Italians, Spaniards, the French and others) was nevertheless fiercely opposed by local élites. The essay is firstly concerned with size and development of immigration flows; secondly it deals with the characteristics of local reaction against the immigrants; thirdly it reveals how, in spite of the latter, the Italians' integration did take place in the Argentine middle classes. Finally, a particular case-study is presented, in connection with integration of immigrants and their descendants in the national army.

## Résumé

Après 1870, l'immigration massive a entraîné des changements majeurs dans la société argentine. L'intégration des immigrés (Italiens, Espagnols, Français et autres) a rencontré l'opposition farouche des élites locales. L'article s'intéresse d'abord aux flux migratoires et à leur ampleur ; puis dans un deuxième temps, il évoque les caractéristiques de la réaction locale à l'encontre des immigrés. Dans une troisième partie, l'auteur indique comment l'intégration des Italiens s'est effectuée dans les classes moyennes argentines en dépit de cette réaction locale. Pour finir, un cas particulier est présenté en relation avec l'intégration des immigrés et de leurs descendants dans l'armée nationale.